

## AGUA BENDITA

Dicen que el Vaticano va a tener su pabellón en la Exposición de Zaragoza de 2008, cuyo tema es el agua como todo el mundo sabe. Ignoramos qué puede aportar de especial el Vaticano a la Expo, a no ser quizás agua bendita. Pues, eso. Pero entonces habría que pedirle que ofreciera una muestra representativa del género, del agua bendita en sentido amplio, y en cierto modo ecuménica. Máxime si tenemos en cuenta que va a ser ésta probablemente, me refiero a la Iglesia Católica o al Vaticano, la única religión invitada a participar en el evento. Por tanto sugiero que de entrada se dé en ese pabellón a todos los visitantes agua bendita y se facilite el agua para las abluciones antes de entrar, como se hace en las mezquitas, y que ya dentro, en los estantes, se exponga debidamente embotellada y etiquetada con su denominación de origen toda clase de agua bendita y de productos análogos. Por ejemplo, agua de Lourdes; pero también del Ganges, del Mar Rojo, del Jordán, del pozo de Jacob -de la que bebió Jesús- y de aquella que hizo saltar de la roca Moisés en el desierto. Creo que el pozo de Jacob aún existe y alguna quedará de aquellas fuentes, digo yo, que hizo brotar Moisés. En cuanto al agua viva, la que salta hasta la vida eterna, la que ofreció Jesús a la Samaritana, me temo que no venga al caso. ¿Qué sería del mercado del agua, incluso del agua bendita, si se vendiera un agua que nos quita la sed para siempre?

Junto al agua bautismal, habría que exponer el agua de San Juan que en Méjico utilizan las prostitutas para bendecir la cama y el negocio. Y junto al agua milagrosa de Lourdes y de otros santuarios menos famosos, podía ofrecerse el agua de Wojtyla que el pasado verano comenzó a manar milagrosamente de un una estatua de Juan Pablo II, erigida en su honor en Wadowice, su ciudad natal. Lástima que sepa un poco a cloro y que mane gota a gota, lo que impide hacer de ella una oferta ilimitada. Mucho más abundante, sin comparación alguna, es la que “guarda silencio al pasar por el Pilar”, codiciada por otras razones y santificada por ésta. De dicha agua puede hacerse una promoción sin reservas, siempre que se venda como agua bendita y no como agua de boca, de riego o para usos industriales. El turismo religioso, como el Ebro, pasa por Zaragoza y está asociado al Pilar. El agua del Ebro no es trasvasable ni exportable al por mayor, pero sí en botellas -absurdo, pero nunca se sabe- y sobre todo en postales y en fotografías. Y esto basta para que pueda ofrecerse sin límites a los turistas. Todas las aguas del mismo género de agua bendita para el consumo, están en su sitio en el mercado. Y fuera de lugar el agua viva que quita la sed de una vez por todas. Porque ésta lo mata al suprimir la demanda y es, para el mercado, maldita.

¿Qué tiene el agua bendita que no tenga el agua natural? Todas las aguas son básicamente H<sub>2</sub>O, y en un análisis químico no se encuentra nada que distinga al agua bendita. El agua en sí misma, como un objeto, no tiene nada de milagrosa. Es la superstición la que le atribuye una fuerza mágica que no tiene y puede funcionar, así, como placebo. Hay una fe en cambio, que ve también el agua no como es en sí misma sino como es para nosotros -aunque de otra manera que la superstición, pero no como la ciencia que la estudia objetivamente- y la contempla como una posibilidad de vida para todos. Al tomarla así en consideración la sitúa dentro de un horizonte y de una historia con la que ella misma, la fe, se siente comprometida. En esa perspectiva y bajo un nombre divino, proyecto, ideal o destino que sea bueno para todos, esa fe hace buena el agua y la santifica; es decir, la define y la defiende como un bien común y la saca del mercado. Todo el que sabe lo que es el agua y la justicia, el que tiene sed de justicia, nunca niega un vaso de ese agua auténtica a quien la necesita. Y halla en su gesto la recompensa: el agua que da vida y la incrementa. El agua que quita la sed. La mejor.

José Bada  
jbada@able.es

